

Todas las
días



es
sábado

J. A. H. Carrera

TODOS LOS DÍAS ES SÁBADO

J. A. H. Carrera

© Copyright 2020. Todos los derechos reservados.

El contenido de este libro no puede ser reproducido, duplicado o transmitido sin permiso por escrito del autor, en ninguna circunstancia se responsabilizará o se responsabilizará legalmente al editor o al autor de los daños, reparaciones o pérdidas monetarias debido a la información contenida en este libro, ya sea directa o indirectamente.

Aviso legal

Este libro está protegido por derechos de autor. Este libro es solo para uso personal. no puede modificar, distribuir, vender, usar, citar o parafrasear ninguna parte o el contenido de este libro, sin el consentimiento del autor o editor.

CONTENIDO

[CAPÍTULO I](#)

[CAPÍTULO II](#)

[CAPÍTULO III](#)

[CAPÍTULO IV](#)

[CAPÍTULO V](#)

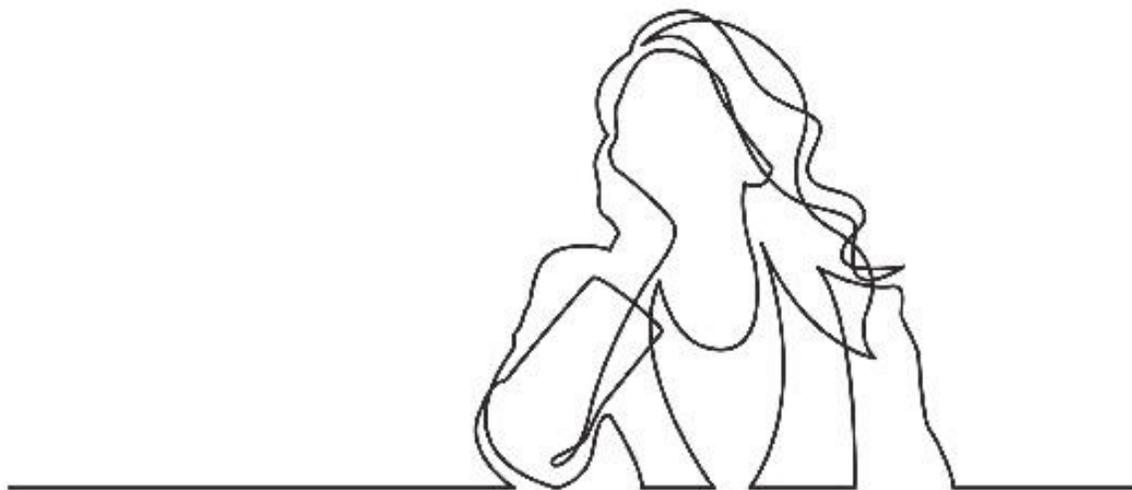
[CAPÍTULO VI](#)

[CAPÍTULO VII](#)

[CAPÍTULO VIII](#)

[ACERCA DEL AUTOR](#)

CAPÍTULO I



Sábado, El teléfono sonó como de costumbre al cuarto para la diez y luego de dos timbrazos colgarían indicándome que yo era de nuevo víctima de una mala broma.

Odio el sábado. Es un día muy aburrido ya que Abraham y yo no salimos a ningún lado, eso quería decir que tenía que sacudir, limpiar el piso, lavar el piso y los baños. Odio limpiar baños.

En realidad llevo una vida de rutina. Mis jefes los señores Pastor, me pagan para que cuide de Abraham, su hijo de apenas un año de edad, ellos nunca están y yo me siento muy sola en esa casona del centro del pueblo de Shushupan. Mi nombre es Rosa Elena, pero todos me conocen como Rosy.

Nací en este lugar y cuando yo tenía 15 años quedé huérfana por un incendio que hubo en el pueblo. Los señores Pastor me dieron casa y comida, a medida que fui creciendo se dieron cuenta de mi responsabilidad y comenzaron a encargarme cosas de la casa. Luego Abraham nació y en cuanto se aseguraron de que yo sabía todo lo necesario para cuidar bebés me lo dejaron encargado.

Ahora han pasado casi 5 años desde el incendio. Todavía recuerdo el olor de la loción de mi Papá o los clásicos postres que mi Mamá preparaba cada jueves. Los extraño mucho. Oculto mi dolor distrayéndome con las diversas ocupaciones que implica cuidar un bebé, y cuando duerme me la paso haciendo el quehacer de la casa.

No tengo muchos amigos, platico con Juan el panadero cuando voy por el pan, Miguel el administrador de los bienes de los señores Pastor cuando tengo que recoger el dinero para la casa y mi pago mensual, y hasta en ocasiones con Jorge el florista, si es que me lo encuentro camino de regreso a la casa cuando salgo a hacer las compras.

Suena el timbre, puedo adivinar que Tino está haciendo de las suyas otra vez. Tino es mi vecino. Su nombre es Valentino y tiene 22 años y es creo el único verdadero amigo que tengo.

—¡Hola Rosy!

—Hola Tino, ¿que me cuentas de nuevo?

—Mi perro Juancho está enfermo, no se que le habrá dado, puede ser que se mojó ayer toda la noche durante la lluvia.

—No creo que por solo mojarse se enferme. Seguramente no le has dado bien de comer.

—Pues no quiere salir a dar la vuelta, ni molestar al gato de la Señora de al lado, ni siquiera ladrar. En verdad me preocupa.

Tino siempre se preocupa por todo, lo que hace que tenga mucho estrés y yo por mis ocupaciones no tengo tiempo para escuchar sus problemas. Eso si, no ha habido día en que no vaya a visitarme. Creo que se siente solo. La mayor parte del tiempo se queda viendo como cuido al niño.

—Llévalo al veterinario, ahí lo curan porque lo curan.

Mientras terminaba de decir la frase escuché los llantos de Abraham porque ya era la hora de comer. Subí las escaleras hasta su cuarto y lo llevé a la cocina donde Tino ya se encontraba curioseando como de costumbre.

—¿Cómo sobrevives comiendo solamente fruta? —preguntó mientras yo colocaba al niño en su silla.

—Mis alimentos incluyen muchas cosas además de fruta. Además Abraham tiene que comer sano. Sus papás me mandan que solo coma alimentos naturales, a mí en lo personal no me encanta, prefiero el pollo asado.

—¿Y dónde está el pollo? —dijo mientras se asomaba en el refrigerador.

Empecé a desesperarme y a desear que Tino se fuera a su casa porque no dejaba concentrarme.

—Siempre como pollo recién comprado. No he tenido tiempo de ir al mercado hoy.

—¿Entonces no has comido?

—No Tino, no he comido.

—¡Que barbaridad, debes estar muerta de hambre!

—No Tino, los sábados desayuno tarde.

—Aún así, déjame ir a comprarte algo de comer antes de que sientas hambre.

—No gracias. Estoy bien.

—¿Y que harás cuando sientas hambre?

—Me preocuparé por eso cuando la tenga.

Tino se dio cuenta de mi respuesta tan cortante e inteligentemente guardó silencio. Afortunadamente Abraham comió todo sin chistar y pude tener unos momentos de paz. Pronto tuve hambre y me di cuenta de lo grosera que había sido con Tino, tal vez era porque sabía que el tenía razón y yo no quise aceptarlo. Pero no me importaba mucho, Tino de seguro comprendería que yo tengo muchas ocupaciones y que por eso puedo ser un poco desesperada en ocasiones.

Sin hacer caso de los comentarios de Tino decidí comer fruta ese día ya que no tenía ganas de ir hasta el mercado solo por un pollo y además no podía dejar solo al niño y menos con Tino en la casa. Hasta donde sé no está acostumbrado a cuidar bebés.

El teléfono volvió a sonar. Esta vez contesté y era el Señor Pastor haciendo su clásica llamada de cada mes para saber si todo estaba bien. Siempre he pensado que solo llama para hacerse el preocupado por su hijo. Tiene más de un año de que se fueron y nunca han parado por aquí para ver a Abraham.

Estaba pensando todo esto cuando escuché un fuerte ruido, como si miles de platos se

rompieran. Me pude imaginar a Tino curioseando de nuevo por la cocina. El no puede estar tranquilo, siempre anda viendo cosas nuevas y eso ha sido siempre un dolor de cabeza para mí.

Nunca faltaba el tiempo donde lo que tocaba lo destruía, y claro, yo tenía que pagarlo. Jarrones, ventanas, copas y hasta una vez y sin explicarme como lo hizo rompió una silla. Pronto no quedaría nada de la casa que le faltara romper.

El bebé rompió a llorar y la desesperación me entró de repente. Me puse a pensar qué hacer y me fui corriendo hasta donde el ruido había salido. Calculé cuántos platos tuvo que haber roto para que se escuchara así. Ahí se iba mi dinero de la semana otra vez.

Ya me imaginaba el desastre que yo iba a tener que limpiar. Nada más quería atraparlo para que ahora si me escuchara. Y fue cuando llegué a la cocina.



CAPÍTULO II



Un charco de sangre cubría el piso. Tino estaba tirado boca abajo inconsciente. Se había estrellado contra el vidrio de la puerta del patio. Me asusté mucho, el bebé lloraba; por primera vez en mi vida no estaba segura de qué hacer.

Tomé el teléfono y llamé a una ambulancia.

Tino despertó y en vez de entender que había chocado contra la puerta se puso de pie y me dijo que sentía la cara muy caliente. Yo no supe que decir y luego se acordó de cómo había estado el accidente: Estaba jugando con Chester, nuestro perro y al correr hacia la casa no se fijó en que la puerta estaba cerrada y entonces fue a dar contra el vidrio rompiéndolo completamente. No tardó en darse cuenta de que toda la sangre era de él.

La ambulancia llegó a tiempo y le comentaron que era necesario llevárselo al hospital.

—¿No quieres venir conmigo? —me preguntó en tono preocupado, sus padres no estaban en casa y tendría que hacer el recorrido solo hacia el hospital.

—No Tino, no puedo dejar solo al bebé. Solo es cuestión que te revisen para descartar que hayas cortado alguna arteria importante. Prometo estar pendiente de ti.-

Me empezó a doler la cabeza, el bebé lloraba por la falta de atención acostumbrada de mi parte. Sin decir más observé como la ambulancia se alejaba con su circo de luces encendido.

En cuanto tranquilicé al bebé me fui a la cama. No pude dormir por el gran trauma que tuve al ver la sangre.

Al día siguiente fui a visitarlo al hospital. Al final la sensación de culpa por no haberlo acompañado me hizo pensar que podía hacer una visita rápida con el bebé.

—¡Buenos días!, busco el cuarto de Valentino Rosas.

—Cuarto 202.

Una enfermera malhumorada me indicó el camino mientras no dejaba de mirar su revista.

—No puede entrar con un bebé al hospital. Regrese más tarde antes de terminar el horario de visita.

—Solo vengo 5 minutos, ¿hay algún problema?

—Son las reglas del hospital querida —dijo en actitud prepotente.

Frunciendo el ceño di media vuelta y comencé a caminar hacia la salida. No podía creer que no podía entrar con Abraham. ¿Realmente habría problema de entrar con el bebé por solo cinco minutos?

De pronto las puertas de un elevador de carga se abrieron y un trabajador salió empujando un contenedor con sábanas sucias. Decidí escabullirme y buscando el piso dos presioné el botón y se cerraron las puertas.

No había vuelta atrás.

El pequeño Abraham sonrió con una pequeña mueca. Normalmente yo era de las personas que siguen las reglas, pero un poco de adrenalina en la vida no hace daño. Antes de lo esperado las puertas se abrieron frente al cuarto 201. Con una pequeña zancada abrí la puerta del cuarto de Tino y cerré con delicadeza.

Al llegar él se encontraba dormitando. Observé el pequeño cuarto de hospital con paredes y sábanas blancas. El sol entraba fuertemente por la ventana del baño la cual yacía entreabierta. Una estela de vapor continuaba saliendo de ahí indicando que alguien había tomado una ducha recientemente.

En ese momento dimensioné la situación: Por la proximidad de la sutura concluí que tuvo suerte de no haberse cortado la yugular o podría haber muerto.

Su chistecito le había costado 20 puntos de sutura en la cabeza y parte del cuello.

—¿Cómo te sientes muchacho?

—Bien Rosy, muchas gracias por la visita.

—¿Te duele mucho?

—Ya no. Debiste ver como me atendieron, casi me ignoraban y el doctor no quiso platicar conmigo mientras me suturaba. Aparte el cuarto es muy pequeño y no tengo televisión. La cama está floja y se ladea bastante cuando intento acomodarme. No tengo una linda vista, ni siquiera pega el sol en este lado del cuarto y la comida es horrible. Tú sabes que soy muy sensible del estómago. Lo peor para mi es ir al baño, dependo de la enfermera para que me ayude a pararme. Yo no quiero que me ayuden y me amenazan con ponerme un pañal si no me dejo ayudar para la próxima vez.

—Lo interesante es que ni aún así dejas de hablar como perico, como si nada te hubiera pasado. —le dije mientras Tino terminaba de contarme todas sus penas.

En eso la enfermera entró al cuarto con una bandeja variada de comida.

—¿De donde viene usted y qué hace aquí con un bebé? —me preguntó en tono reprobante al mismo tiempo que dirigía la mirada hacia el pequeño Abraham.

—Visitando a mi amigo, le dije con una sonrisa tímida.

Abraham, que estaba acostado boca abajo en la cama comenzó a gatear hacia Tino. Parecía que quería probar un poco de la gelatina verde y rara que le habían servido.

Yo estaba de acuerdo en que él estaba harto de comer fruta pero no era para que su comida fuera esa gelatina que ni yo misma me atrevía a probar. Lo quité de la cama y lo puse en un sillón junto a Tino.

—Bueno Tino me voy. Que bueno saber que estás bien.

—Espera ¿ya te vas?, mira que no tardan en darme de alta. Es cuestión de unos minutos, si me esperas puedo acompañarte a casa.

—Me tengo que ir, tengo cosas que hacer y al parecer no dejan que el bebé esté aquí.

—No te vayas por favor. Me sentiré más tranquilo si te quedas.

—Gracias Tino pero de verdad no puedo. Que estés bien.

Me salí de su cuarto y comencé a caminar al lado de la enfermera regañona. Algo tienen los hospitales que la mayoría de las veces todos los que trabajaban ahí parecían enojados. Era eso o era mi culpa por haber metido a un bebé dentro de las instalaciones cuando no estaba permitido.

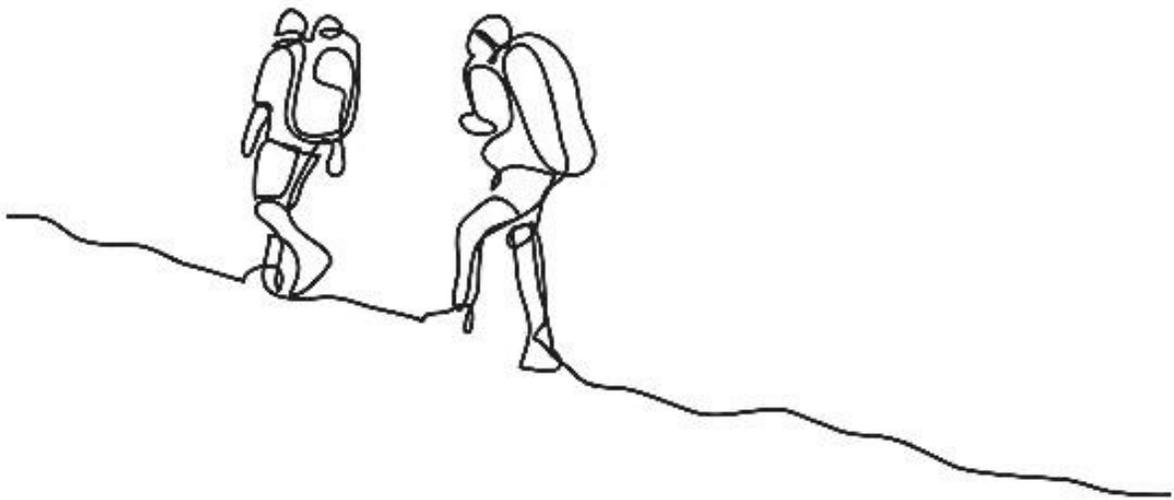
Me sentía tan enojada que ni siquiera recuerdo haber comprado todo lo necesario. Pan, leche, huevos...es todo lo que necesito. Cuando se empezó a disipar mi enojo pensé en que se me hizo muy raro el comportamiento de Tino y que tuviera tanta insistencia en que me quedara.

Por un momento sentí feo pero la verdad no me la pasaba bien con una persona tan monótona. Tino era un poco aburrido en ocasiones. Lo único interesante era cuando hacía una de sus locuras. Aunque esta vez si se había pasado de la raya con eso de estrellarse contra el vidrio.

Llegué a la casa rápido. El vidrio que Tino había roto daba directo a la calle principal. Lo bueno es que en este pueblo todos son bastante honrados, no me preocupó mucho dejar la casa sola con el gran agujero en la puerta.

Tomé el teléfono y llamé al Señor Pastor para pedirle dinero extra para el vidrio. Estaba pensando una buena excusa cuando me di cuenta de que faltaba algo... ¡Abraham!

CAPÍTULO III



Después de un silencio abrupto el teléfono se cortó.

—¡Que extraño!, Rosy me colgó —pensé mientras tomaba de nuevo mi maleta.

—Seguramente me había quedado sin señal en el teléfono.

Mi nombre es Fernando Pastor, soy historiador y viajo por el mundo ampliando mis investigaciones y aprendiendo culturas nuevas. Mi esposa, Marcela, le encanta viajar y qué mejor momento para hacerlo que acompañándome en mis travesías.

Tenemos un hijo de apenas un año que llamamos Abraham y Rosy es la encargada de cuidarlo mientras estamos fuera conociendo el mundo.

Ahora nos encontramos en Egipto.

—¿Cómo está Rosy? —me preguntó Marcela cuando llegué a donde estaba sentada, frente a un ventilador que la refrescaba del calor que hacía.

—Me contestó por un momento y luego la llamada se cortó. Debió coincidir con un momento de mala recepción de la señal del celular.

—No me extraña, Rosy es muy responsable y nunca te colgaría el teléfono así como así. ¡Ya llamará de nuevo, no te preocupes!

Hemos estado en todo el mundo, cuando dejamos el pueblo de Shushupan nos fuimos directamente a visitar América del Sur: Brasil, Perú, Bolivia, Chile, Argentina, la selva del Amazonas y Uruguay. De ahí nos pasamos a Egipto donde hemos estuvimos los últimos 9 meses ya

que las pirámides son mi fascinación. Hemos visto muchas cosas y todas de ellas diferentes, en verdad hemos aprendido lo de otras culturas y formas de pensar del mundo.

Ahora estábamos tomando un ligero descanso en el Himalaya, a punto de escalar el Monte Everest.

Nos preparábamos para subir hacia el primer punto de reunión y dependiendo del clima quizá sería la última llamada en algunos días con Rosy. Sin embargo nos sentimos bastante tranquilos pensando en que nuestro hijo estaba a salvo y que ella veía por el en todo momento.

—Parece ser que habrá fuertes tormentas de nieve en toda la zona. Las habíamos pronosticado para mañana pero parece que se nos han adelantado —dijo el capitán. Un guía sherpa que nos llevaba al primer punto de reunión con el resto del equipo.

—Debemos seguir, en el punto podremos refugiarnos mejor de las tormentas de nieve. —agregó sin notar nerviosismo.

—¿Estaremos seguros ahí? —preguntó Marcela mientras yo pensaba que las tormentas nos retrasarían varios días mi ansiada visita a la cumbre del Everest.

—No hay de qué preocuparse, el punto de reunión es seguro y si todos cooperamos estaremos bien. Somos un equipo y debemos cuidarnos entre nosotros. —volvió a comentar el guía muy seguro de sí mismo.

Miré al horizonte, lo único que se alcanzaba a ver era nieve por todos lados, el frío era insoportable para Marcela y para mí, pero al guía y a los demás parecía no importarles; estaban demasiado acostumbrados a los duros tratos de la montaña. Me sentí seguro al saber que las personas que nos guiaban habían hecho esta larga travesía muchas veces en su vida y saben mucho sobre lo que hay que hacer en lugares tan traicioneros como los que pisábamos.

Caminar por aquella nieve era cansado pero debíamos mantenernos alertas en caso de que presentaríamos mal de montaña.

—¿Cuántas veces ha hecho este recorrido Capitán? —preguntó Marce.

—Unas 200 o 250 veces —contestó sin mostrar mucho ánimo. —No es un trabajo que disfrute hacer pero la paga es buena. —agregó mientras tomaba un poco de agua.

—¿Ha habido algún accidente alguna vez? —volvió a preguntar preocupada por las tormentas que se empezaban a ver desde lejos. El cielo grisáceo y la salida del sol hacían que la vista se pusiera algo amenazante.

—Sí, ha habido varios. Desafortunadamente uno nunca puede controlar a los turistas. Ellos creen que están exentos de que algo les suceda pero no es así. Cada año mueren unos cuantos por las inclemencias del tiempo o del mal de montaña. Hay peligros siempre están latentes en espera de algún descuidado que no conozca estos lugares.

—¿Alguna vez ha muerto alguien cercano a usted? —preguntó por última vez sabiendo que sólo nos ponía nerviosos a mí y a nuestros compañeros turistas.

—Accidentes ha habido muchos, pero afortunadamente pocos han sido de muerte. —se limitó a contestar.

Marcela por fin calló, pero su cara denotaba preocupación por el comentario del capitán. Los vientos comenzaron a silbar. El capitán se detuvo y miró hacia el este.

—Vamos a tener que regresar. Las tormentas vienen más rápido de lo que pensé y hoy no llegaremos al punto de reunión.

Con enfado le comuniqué que era necesario seguir adelante. No podíamos seguir perdiendo tiempo. Normalmente subir el Everest toma unas cuantas semanas ya que es necesario acostumbrarse a la montaña.

—¡No vamos a alcanzar a llegar!- el ruido de la tormenta no me dejaba escuchar bien lo que el

capitán decía. ¡Tendremos que acampar cerca de esa pared de piedra! —gritó.

Miré a nuestro alrededor. El capitán había escogido un buen lugar de refugio ya que estábamos contra una buena pared de piedra que serviría de protección contra la tormenta. Estaríamos protegidos por las densas paredes de roca que estaban a nuestro alrededor aunque en definitiva no era recomendable ni seguro acampar a la mitad del camino hacia el campo base.

Nuestro campamento quedó listo en el tiempo justo. Pronto la puesta del sol y la nieve comenzaron a nublar la visibilidad así que nos despedimos de quienes estaban junto a nosotros y nos metimos a nuestra refugio. Aunque era grande, Marcela y yo traíamos muchas cosas y estábamos un poco apretados. Nos quedamos dormidos confiando en que en la mañana la tormenta habría pasado y continuaríamos nuestro viaje sin más contratiempos.



CAPÍTULO IV



Subí las escaleras de la casa hasta el cuarto del bebé. No estaba ahí. Busqué por toda la casa tratando de recordar qué había pasado. ¿Me habré regresado sin él? No puede ser. ¡¿Cómo se me iba a olvidar traerme al niño de regreso?!

Me fui corriendo hacia el hospital, en el camino imaginé muchas cosas: que se hubiera caído, se lo hubieran robado o anduviera solo o llorando. Recuerdo haberle dado su mamila pero ¿después que pasó? Mi angustia me dio fuerzas porque llegué mucho más rápido de lo normal. Crucé la puerta de entrada y casi atropello a una enfermera, llegué a los elevadores y al ver que ninguno estaba disponible me fui por las escaleras al cuarto de Tino. Cuando llegué a la puerta me detuve, estaba pálida del nerviosismo y del cansancio pero tenía que agarrar más fuerzas para saber si el bebé estaba ahí. Me decidí a abrir y encontré a Tino hablando con el bebé.

—¡Mira quién llegó! —dijo Tino mientras me señalaba. Abraham hizo una mueca de gusto.

Lo tomé en brazos y lo abracé esperando que estuviera bien y que no le hubiera pasado nada. Tino nada más me observaba mientras me calmaba al ver que el bebé estaba bien.

—Gracias Tino. Nunca me hubiera podido perdonar que algo le hubiera sucedido.

—De nada Rosy, se me hizo muy extraño que lo dejaras. Como te saliste de repente pensé que regresarías pero tardaste mucho. ¿Todo bien?

—¿Cómo esperabas que regresara si la enfermera me había pedido irme? Y además recuerdo haberle dado su biberón. No entiendo como es que de la nada estamos de nuevo en el hospital. Y lo más preocupante es que había dejado en realidad al bebé en el hospital, ¿había imaginado todo cuando regresé de casa?

No le respondí a Tino porque estaba terminando de asegurarme de que Abraham estuviera bien.

No podía aceptar el hecho que se me hubiera olvidado. Y menos frente a alguien tan payaso como Tino.

El doctor entró al cuarto con una silla de ruedas. Pensé salirme pero la enfermera me hizo una seña de que no había problema de que me quedara. Al mirar más detenidamente me di cuenta que Tino ya estaba vestido y listo para irse a su casa.

—¿Cómo se siente Valentino? —le preguntó el médico.

—Ya mejor doctor, gracias.

—Tuvo mucha suerte, un poco más abajo y se hubiera cortado la yugular. Pero lo bueno es que no pasó a mayores. Le traigo buenas noticias. Hoy mismo le firmo su alta para que se vaya a descansar a su casa. Aproveche que su amiga está aquí para que lo ayude con sus cosas. Aunque no está permitido estar con un bebé en el hospital. Deberán apurarse.

En ese momento quería comerme vivo al doctor. Había regresado al hospital por el bebé y tenía todas mis ocupaciones pendientes. Aunque me daba gusto que dieran de alta a Tino, me preocupaba más que el bebé comiera y durmiera para no tenerme que despertar en la noche. Y me preocupaba más el pensar que en realidad lo había olvidado ahí. ¡Qué irresponsable me sentí!

—¿Ayudaría a este joven con sus cosas? —me preguntó el doctor.

—Claro que sí. —respondí hipócritamente. Al parecer yo era la única en ese momento que podía ayudarlo.

— La enfermera le dará las cosas de su amigo mientras él firma unos papeles.

Asentí con desgano. Empecé a recoger las cosas pensando en que ya me quería ir de allí. Había tenido un día duro y ya no quería estar fuera de la casa, por hoy estaba harta, ya no quería saber más de Tino, ni escuchar más al bebé llorar ni nada. Todo lo que quería era llegar, bañarme, descansar y dormir un buen rato.

—No te preocupes Rosy, yo ya metí todas mis cosas a la maleta. —me dijo Tino al ver mi gran expresión de desgano y de asombro a la vez que me di cuenta que estaba metiendo a la maleta las toallas que eran parte del hospital.

Caminé hacia el mostrador, la maleta estaba tan pesada que apenas si podía caminar, de pronto, la maleta se abrió dejando salir todo lo que tenía dentro y se había desparramado en todo el piso. Encima de todo con mi mala suerte Abraham se puso a llorar del susto.

—¡Paciencia! —me dije a mi misma mientras recogía todo con la mano libre que me quedaba. Tino llegó de firmar los papeles y trató levantarse para ayudarme pero terminé antes de que el llegara.

Terminé de levantar todo y fue cuando el doctor me llamó aparte.

—Quisiera pedirle un favor enorme. Tengo entendido que su amigo el Sr. Valentino vive solo y necesita alguien que lo atienda. El hecho de haber quedado inconsciente requiere que alguien esté pendiente de él. Me pregunto si será mucha molestia que pudiera recibirlo en su casa. Sólo un par de días para extremar precauciones.

—Exactamente ¿qué es lo que tengo que hacer? —pregunté esperando que no tuviera que llevarlo al baño también, o peor aún, ponerle ese pañal que me había mencionado hace rato.

—Solamente cuidarlo. El Sr. Valentino no puede subir o bajar escaleras solo. Es importante vigilar que no se le olviden las cosas o que pueda mantener una conversación normal ya que sufrió un golpe muy fuerte en la cabeza. Es por eso que pido su ayuda para que se recupere lo más pronto posible. En unos diez días le retiraré los puntos y podré darlo de alta con seguridad.

Me tranquilicé al saber esto. Acepté la responsabilidad de cuidarlo ya que además de que era mi vecino era mi amigo. Quizá el hubiera hecho lo mismo por mi si yo necesitara de alguien que me cuidara si estuviera enferma.

El camino a la casa se me hizo larguísimo. Normalmente caminaba con una bolsa de víveres y el bebé, pero ahora caminaba con la maleta de Tino en una mano y con Abraham en la otra mientras él miraba el empedrado de la calle saliendo del hospital. No lograba entender todo lo que me había pasado en ese día.

Pasamos por Juancho a casa de Tino y aprovechó para hacer una maleta para los siguientes días.

—Tengo hambre Rosy. El pensar en esa gelatina verde solo me causa náusea.

—No me digas que te la comiste. —Definitivamente no tenía buena pinta.

Llegando a casa de los señores Pastor me puse a preparar las cosas para comer mientras Tino se instalaba en una recámara que teníamos en la planta baja de la casa. Me alcanzó en la cocina y se quedó viendo un momento la puerta donde se había estrellado. Chester se asomó por el espacio donde me faltaba poner el vidrio nuevo.

—No entiendo como me pude haber estrellado ahí, realmente fue una tontería. —me comentó algo serio.

—A todos les puede pasar, lo bueno es que estás bien. —le comenté para que se tranquilizara.

—Por cierto, gracias por cuidar a Abraham otra vez. No sé como se me pudo haber olvidado. Me apuré en llegar a la casa porque pensé que él tenía hambre pero no ha llorado.

—Es porque yo le di de comer cuando te fuiste.

—Eso explica porque ahorita está cansado y duerme. ¿Qué le diste?

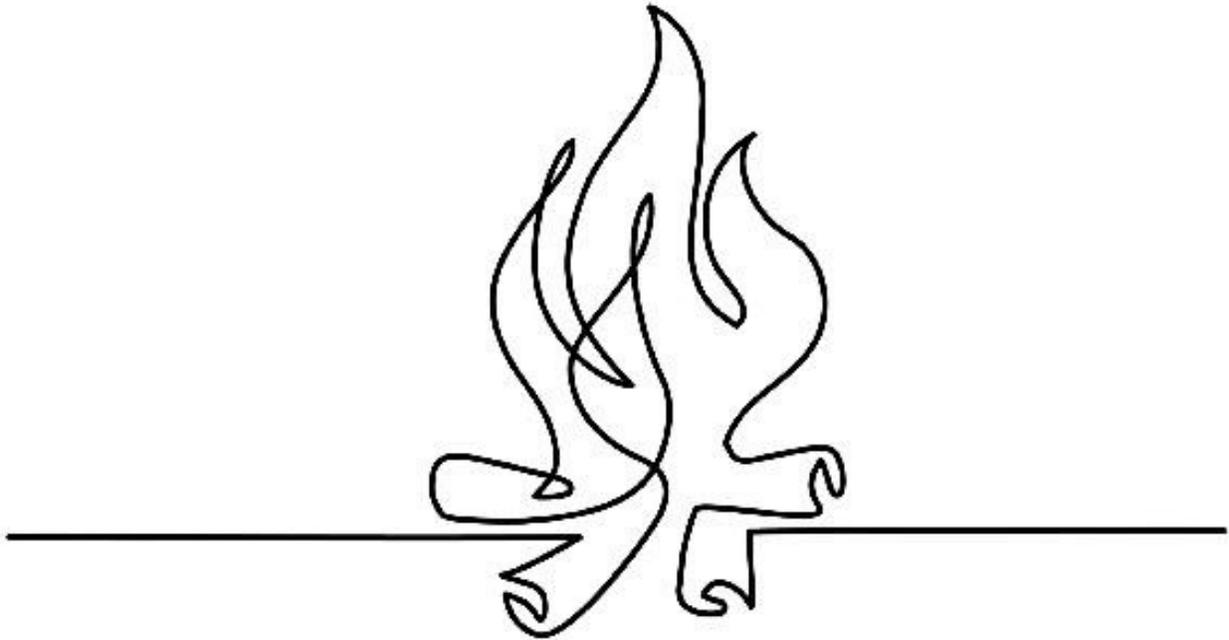
—Le di de mi gelatina y un poco de puré de manzana que me sirvieron. A mi no me gusta la fruta y sabía que Abraham la comería con gusto.

No me gustó mucho la idea de que hubiera comido esa gelatina rara pero al menos parecía estar bien y no lloraba.

Tino seguía viendo hacia la ventana. Nunca había estado tan quieto en mucho tiempo. Yo pensaba también en todo lo que nos había pasado últimamente. Me sentí muy cansada, y mientras las papas y el pollo se cocían me fui a acostar para descansar un rato.



CAPÍTULO V



Tenía el sueño muy ligero. El sonido de la tormenta no me dejaba dormir. La ventisca se azotaba contra nuestra tienda con mucha saña y provocaba ruidos extraños.

Me puse boca abajo para ver si con mi almohada lograba sofocar algo del ruido. Empecé a dormirme de nuevo cuando sentí una sensación extraña en los pies.

No le hice mucho caso y traté de seguir durmiendo.

De nuevo sentí algo en mis pies y me levanté. Busqué mi lámpara en la maleta que tenía colgada encima de mí. Marce dormía profundamente y no quería despertarla. La sensación era cada vez más real.

Me asusté y por fin di con la dichosa lámpara, me alumbré hacia los pies y vi que era un poco de nieve la que me estaba haciendo tener esa sensación. Me acerqué más y pude ver un pequeño agujero en nuestra tienda. Diminuto, pero suficiente para que con la fuerza de la ventisca pudiera entrar la nieve.

Me sorprendí un poco. Estaba seguro que había checado bien la tienda cuando la armé. Era muy peligroso dejar ese agujero ahí, el hecho que entrara nieve podría hacer que la temperatura descendiera peligrosamente durante la madrugada, sin embargo el mal de montaña comenzaba a hacer efecto en mí. Me sentía muy cansado, el frío causa fatiga rápidamente a los que no están acostumbrados a el.

Busqué la herramienta para arreglar la tienda y poder dormir un poco más. Empecé a sentir una rara sensación y esta vez ya no era en los pies. Algo no andaba bien. Mire a Marcela y seguía dormida y entonces fue cuando la vi. Una araña parda y pequeña estaba arrastrándose lentamente desde el suelo hasta el estómago de Marce.

La sangre se me heló y se me puso la piel de gallina.

—¿Arañas con este frío en el Everest? No tiene sentido, debe ser el mal de montaña que me hace imaginar cosas.

Sin embargo me parecía bastante real, estaba en el entredicho de despertar a mi esposa, tratar de alejar a la araña hacia otro lado o pensar que solo era producto de mi imaginación. De todas formas no iba a permitir que a mi esposa le pasara algo así que decidí despertarla. Si ella también podía ver la araña entonces sería real y no un efecto del mal de montaña. Sin embargo había un problema: Marcela odia las arañas.

Mientras me debatía sobre qué hacer la araña ya me había tomado ventaja y continuaba moviéndose. Miré como se acercaba con particular atención a la cabeza de Marcela. Tal vez le atraía su cabello rojizo y vivo.

Tenía dos opciones en ese momento: despertar a mi esposa o lograr coger la araña con lo que fuera y meterla en una bolsa que convenientemente yacía abierta cerca de la puerta de la tienda.

Rápidamente tomé un gancho que usaba para colgar mi ropa y lo desdoblé dejando de un lado la punta doblada haciendo un semicírculo para poder arrastrarla mejor hacia la bolsa. Si no sabía que podían haber arañas en el Everest mucho menos sabía si esta era venenosa. Sentí la adrenalina correr por mis venas y el sudor frío que me empapaba la frente. Traté de acercarme pero mi bolsa de dormir estaba muy apretada y no me dejaba mover libremente.

Me estiré lo más que pude y pude colocar la mitad del gancho entre la araña y la cabeza de Marcela. Mi respiración se hizo mucho más profunda y pausada.

Mis nervios estaban al máximo pero no moví un solo músculo. Al llegar el momento adecuado, me armé de valor y jalé el gancho hacia arriba. La araña voló y para mi desgracia no cayó dentro de la bolsa sino a un lado, en el suelo de nuevo. Me asomé lentamente pero esta vez vi que no era una araña contra lo que estaba luchando. Una serpiente negra salió de las penumbras y haciendo su seseo amenazador comenzó a arrastrarse rápidamente hacia mí.

La furia de la serpiente era tal que el sonido me daba escalofríos. Se detuvo un momento pero siempre mantuvo sus ojos amarillos en mí. Parecía como si estuviera pensando como atacarme de la mejor manera y mi única arma era el dichoso gancho que no me había servido de mucho. La serpiente comenzó a hacer pequeños círculos con su cabeza y con la lengua hacia fuera y quieta me seguía mirando. En un acto de pánico aproveché el momento para tomarla con el gancho y lanzarla hacia una maleta. Cayó justo adentro y se alzó proclamando venganza pero yo la cerré de un golpe dejándola atrapada.

Marcela se despertó con el golpe.

—¿Fernando, está todo bien?

—¿¿Cómo entró una serpiente aquí?! —le pregunté todo alterado.

—Parece ser que se refugiaba de la tormenta y con sus colmillos logró hacerle un hoyo a la tienda. ¡Si logró hacerle un hoyo entonces también se lo hará a la maleta!

—¿Una serpiente?, ahora si debes estar alucinando, debe ser el mal de la montaña que no te permite pensar bien. —dijo Marcela con tono enfático.

—Tengo una serpiente encerrada en esta maleta y te lo voy a demostrar.

Lentamente retiré las manos que estaban apoyándose sobre la cubierta para que no pudiera escapar, sin embargo la maleta no se movió. Extrañado abrí la maleta para encontrar solamente a

la pequeña araña que había visto anteriormente y de un nuevo movimiento volví a cerrar la cubierta dejándola atrapada.

—¡Una araña Fernando!, ¡sabes que les tengo pavor!, ya no abras esa maleta.

En definitiva había alucinado el encuentro con la serpiente. El sonido de la ventisca continuaba escuchándose. Miré mi reloj, faltaban 3 horas antes de que amaneciera y parecía que la tormenta iba en aumento. Me preocupaba el hecho de tener un agujero en la tienda y una araña dentro de una maleta. Estaba comenzando a alucinar y además si la tormenta no cedía no aguantaríamos muchos días en nuestra tienda.

Me puse a buscar de nuevo la herramienta para arreglar el agujero. De las 5 maletas que traíamos ya había revisado cuatro y no aparecían las malditas herramientas.

—¿Has visto las herramientas para reparar la tienda?, estoy seguro de que las dejé en mi maletín.

—Las cambié de lugar mientras llamabas a Rosy, como ocupaban mucho espacio las puse en mi maleta.

Era la misma maleta que mantenía encerrada a la araña.

Ahí dentro estaban en conjunto nuestra salvación y nuestra perdición. Necesitaba pensar alguna otra solución para arreglar la tienda por lo menos para que aguantara mientras la tormenta cedía.

Teníamos un paquete de aguja e hilo para coser prendas en caso de rasgaduras. Pero la aguja era de un tamaño pequeño y el hilo era de diferente material al de la tienda. Si cosía por un punto donde no tuviera soporte sólo rasgaría más la tela.

Cubrir el agujero con algo pesado tampoco resolvería nuestro problema ya que se podría rasgar desde afuera pero tampoco quería arriesgarme a que entrara otro animal de la montaña buscando refugio.

Le eché un vistazo al agujero. Mis sospechas se confirmaron, ya era más grande desde la primera vez que lo vi. La fuerza de la nieve lo estaba rasgando poco a poco. Necesitaba forzosamente las herramientas pero cómo sacarlas de la maleta con la araña ahí dentro. Era arriesgar demasiado entre mi mal de la montaña el atemorizar a mi esposa con su fobia. Prefería correr el riesgo esperando que no se siguiera rasgando.

Sin embargo la tienda comenzó a rasgarse con mayor velocidad. La nieve que entraba ya estaba formando pequeños montoncitos y el suelo comenzó a llenarse también. Para colmo no podíamos pedir ayuda a nuestros compañeros porque con tanto ruido no se escuchaba nada y ya estaba muy entrada la noche.

Le comenté todo esto a Marce para que me ayudara a decidir que hacer. La nieve empezó a hacerse visible por todo el suelo. Quizá en menos de una hora ya nos llegaría a las rodillas.

Ella estaba muy asustada y no podía pensar claramente. Yo estaba más bien preocupado. Cubrí el agujero con la maleta de la araña que era la más pesada de todas. Así al menos ganaría algo de tiempo.

Saqué el mapa de la zona donde estábamos tratando de ubicar dónde habían puesto la tienda más grande y que estuviera cerca de la nuestra.

No lograba recordar bien si la bandera de ubicación estaba a nuestro lado izquierdo o al lado izquierdo de la tienda del capitán. Me costaba trabajo pensar con claridad.

Sabía que la tienda que más nos convenía estaría según el mapa al norte de la tienda del capitán, pero sin checar la bandera de ubicación primero era casi imposible saber cual era la tienda del capitán y de ahí ver hacia el norte para dar con nuestro refugio.

Marcela creyó recordar que la bandera estaría a nuestra derecha, pero sin estar completamente seguros podría llevarnos a perdernos en la tormenta y con eso hacia una muerte segura. No

acababa de hacer este comentario cuando el techo de la tienda se rasgó en dos y la tormenta entró cubriendo todo a su paso. Yo alcancé a abrazar a mi esposa mientras los dos caíamos al suelo por el susto que nos llevamos.

La nieve nos empezó a cubrir rápidamente, con mi confusión encima no podía pensar claramente y alcancé a ver mi lámpara. La tomé y me puse de pie jalando a Marce, alumbré hacia todos lados pero solo pude ver oscuridad. No lograba ver la bandera por ningún lado. Marcela estaba muy espantada. Me agarraba tan fuerte que la desesperación me empezó a invadir. El cambio de temperatura tan repentino me dificultaba la respiración y pronto nuestra fatiga sería tal que moriríamos si no hacíamos algo.

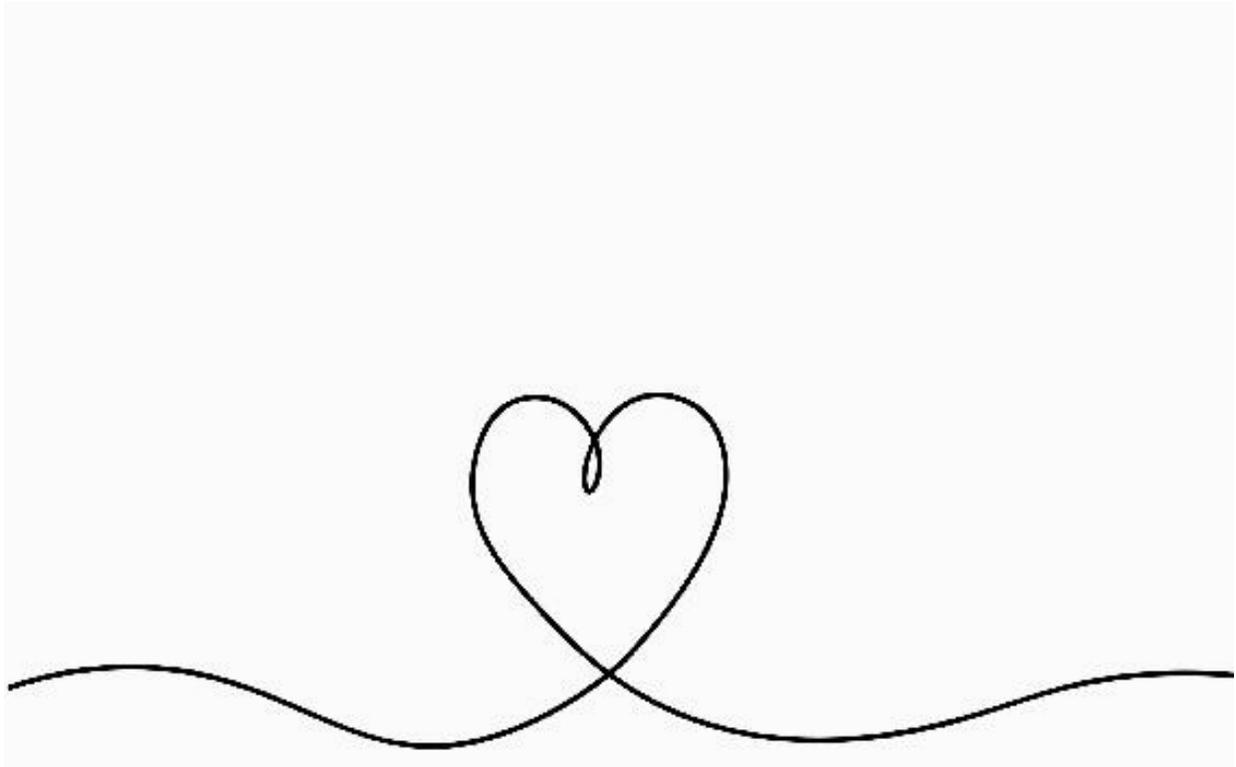
Empecé a caminar a tientas agarrado siempre de mi esposa y con lo espeso de la nieve solamente podíamos dar un paso a la vez. Nuestra tienda casi había desaparecido debajo de la nieve pero pude rescatar nuestros abrigos mientras la tormenta nos golpeaba con toda su furia.

Después de colocarnos los abrigos logramos ver a lo lejos la bandera y junto a ella la tienda del capitán. Corrimos como pudimos hacia la tienda pero en un descuido mi tobillo quedó atascado por lo que tropecé y caí de frente sintiendo mucho dolor.

Con ayuda de Marce traté de seguir pero me resultó imposible ponerme en pie. Con desesperación comenzamos a gritar y pedir auxilio para que despertara el capitán quien dormía plácidamente dentro de su guarida. Estábamos muy cansados por la nieve que nos golpeaba sin clemencia. Mis ojos comenzaron a cerrarse por la falta de oxígeno, el frío y el cansancio. Había perdido las esperanzas de que nos encontraran con vida.



CAPÍTULO VI



Desperté a los 10 minutos. El pollo estaba casi listo y el aroma del guiso estaba exquisito. Bajé a la cocina y Tino estaba cuidando al bebé y seguía enfrente de la misma ventana.

—Pensé que te habías dormido también. ¿Qué tanto ves a la ventana?

—Veo al sol, al pasto, a Chester, a los pájaros, veo la televisión de la vida. Ahora que tengo tiempo para estar relajado y pensar en todo me doy cuenta de muchas cosas.

—Es bueno saber que te das tu tiempo para disfrutar las pequeñas cosas de la vida.

—¿Tú ya habías visto todo esto? —me preguntó curioso.

—Claro. He estado mucho tiempo en esta casa. Mientras más te acostumbras a un lugar más lo conoces y le tomas cariño.

—Yo nunca me había dado cuenta de todo lo que nos rodea.

Con indiferencia nos sentamos a comer. Le serví pollo y papas, comía lento y tenía la mirada perdida. En verdad el accidente le había cambiado mucho. Antes era alegre y distraído, ahora era callado y pensativo. Casi no comió y luego despidiéndose se fue a su cuarto a dormir.

Me puse a limpiar la casa y luego a bañar a Chester y a Juancho. El perro de Tino había recobrado las energías al ver a su amo feliz.

De vez en cuando me iba a asomar al cuarto de Tino para ver si estaba bien. Era diferente tenerlo en casa que tenerlo de visita.

Desde aquel día ya no me sentía sola en esa grande casa. Tenía a alguien con quien platicar y que me ayudara a cuidar al bebé. Para mi sorpresa Tino resultó que sabía mucho de cómo tratarlos y de vez en cuando lo cambiaba y le daba de comer. Yo tenía mucho más tiempo para descansar y ahora me daba tiempo hacer todas mis actividades.

Esa noche había trabajado muy duro y para descansar me senté en las escaleras de la casa que daban al jardín. Contemplé el cielo azul oscuro, con sus diminutas estrellas. Algunas brillaban mucho más que otras, las nubes tenían formas irregulares y pintaban un paisaje muy bonito.

Yo ya había visto todo esto alguna vez, solo que ahora de alguna manera se me había hecho mucho más bonito que antes. Con las prisas de vivir pensando en el futuro había olvidado lo que era disfrutar el momento y Tino por mera casualidad me volvió a enseñar lo que había olvidado.

Apenas llevaba 3 días en la casa y ya me había cambiado completamente mi rutina. Convivimos bastante tiempo, platicamos mucho y muy variado. El no parecía tener barreras para hablar de sus cosas personales o vergonzosas, yo lo escuchaba atenta y el también me escuchaba a mi.

Así pasaron varios días y aunque el se había recuperado por completo siguió fingiendo su convalecencia como pretexto para quedarse más.

Un día estuvimos jugando a mojarnos en el jardín, ¡fue tan divertido! Obviamente yo le gané aunque tengo el presentimiento que el dejó que yo ganara. En la noche que cenamos me la pasé muy bien y cuando se fue a dormir y me dejó sola me di cuenta de que lo empezaba a querer.

Quizá siempre lo había querido pero no quise darme cuenta.

Me di cuenta de que con lo poco o mucho que me ayudaba, me hacía la vida más fácil y con eso yo era más feliz.

Dicen que después de tiempos de guerra vienen los tiempos de paz. Para mí los momentos de guerra habían existido desde que me habían dejado sola con un bebe de un año. Mis momentos de paz no existían y parecía que la convivencia con Tino estaba haciendo que yo añorara salir al mundo a explorar y conocer como los papás de Abraham.

Esa felicidad me hacía recordar mucho a mis papás. —¡Los extrañaba tanto! —Me hacían mucha falta los consejos de cocina de mi mamá o los cuentos que en las noches mi papá me contaba antes de ir a dormir. Me encantaba ir a la escuela a estudiar. Imaginaba de grande ser piloto de avión y poder volar a donde yo quisiera. Ahora había interrumpido mis estudios, haciendo de niñera. Era yo quien le contaba historias al pequeño Abraham para que se durmiera. Me había hecho fuerte y creía no necesitar de nadie. Ahora la vida me había cambiado porque me empecé a preocupar de alguien más que no fuera el bebé.

Tino se había vuelto parte de mi vida y muy dentro de mí empecé a desear que sus días en la casa nunca terminaran.

El nunca me había dicho si sentía algo por mí pero yo lo veía a través de su mirada. Siempre me miraba muy tiernamente y eso me hacía sentir especial. No quería que se fuera, quería que se quedara para que mi vida no fuera otra vez la aburrida rutina de antes.



CAPÍTULO VII



Una mano me jaló hacia el interior de la tienda. El capitán había escuchado nuestros gritos y con ayuda de los demás habían logrado salvarnos de la tormenta.

Con la visión borrosa me encontraba sumamente atontado, apenas podía ver a la gente como me dirigía la palabra pero yo no era capaz de entender sílaba alguna. Lo único que me preocupaba era Marcela. La vi tendida en el suelo, también le estaban tratando de reanimar. Poco a poco comencé a recuperar el aliento, mi vista regresó y ya pude escuchar mejor.

—Sr. Pastor ¿está usted bien? —me preguntó por quinta vez el capitán.

Su tienda era la más grande que había después de la nuestra. Sin prestarle mucha atención fui directamente a donde estaba Marcela. Ella estaba despierta y muy asustada. Me dio un fuerte abrazo mientras repetía su nombre agradeciendo que estuviera viva.

—Su tobillo está muy mal Señor Pastor, lo tiene muy hinchado— volvió a decirme el capitán.

—Si lo sé —contesté con dificultad.

—¿Qué pasó? ¿Por qué sucedió todo esto? —volvió a preguntar.

—Un agujero en nuestra tienda que con la fuerza de la ventisca ha rasgado toda la tienda. Estábamos despiertos gracias a una araña que se coló a nuestra tienda. Tenemos suerte de estar vivos, de no habernos abierto no hubieran vuelto a saber de nosotros.

—¿Una araña pequeña y parda? —preguntó el capitán con singular familiaridad. Son escasas pero las hay en esta parte de la montaña. Se alimentan de insectos congelados arrastrados por el viento y las tormentas.

Con tanto alboroto un bebé se despertó y comenzó a llorar. Marcela volteó hacia donde lloraba la criatura pensando en que ahora era ella quien padecía el mal de montaña y estaba alucinando. Nuestro grupo se conformaba de 25 personas, sin embargo no habíamos visto ningún bebé.

Además que era imposible viajar con uno hacia la cumbre del Everest.

Fue la primera vez que vi a Marcela hacer una cara de nostalgia.

—Escucho el lloriqueo de un bebé, ¿ustedes lo escuchan? —dijo Marcela tratando de identificar el origen del llanto

—Un bebé aquí es imposible Sra. Pastor —replicó el capitán

—¿Usted tiene hijos Señor Pastor?

—Sí, tengo uno de un año —respondí secamente.

—¿En serio? ¿Y donde está el ahora?

—En nuestro pueblo de México.

—Ah claro, su pequeño pueblo. ¿Por lo que veo lleva mucho que no lo ve cierto?

—Pues sí, el tiempo vuela y uno cuando se entusiasma con algún proyecto parece como si no existiera.

—¿No cree que su hijo se sienta solo? —preguntó frunciendo el ceño.

—El está bien cuidado. Rosy hace un excelente trabajo. —respondí deseando que la conversación ahí terminara.

—¿Y usted lo extraña?

—Pues un hijo siempre será un hijo. Pero no me malinterprete, siempre que podemos nos comunicamos con la cuidadora para averiguar como andan. El está seguro allá. No queremos que le llegara a pasar algo. No nos lo perdonaríamos. —agregué como comentario final.

—Los hijos se tienen para cuidarse y protegerse, se están perdiendo lo que es ver crecer a su hijo. Se están perdiendo la razón por la cual ustedes lo trajeron al mundo: Para ser padres. —dijo el capitán en tono serio.

—Pero eso no quiere decir que no lo queramos —expliqué. —Queremos que cuando sea grande nos acompañe a nuestros viajes y recorreremos todo el mundo juntos.

—Perdone la indiscreción pero ¿no cree que un viaje fascinante es estar con su hijo? Verlo caminar por primera vez, su primer diente de leche, la primera vez que pronuncia Papá o Mamá o su primer baño, su primera carcajada. Todo eso es lo que va llenando el hueco que tenemos dentro de nosotros mismos por no saber querer a los demás sin condiciones como ellos lo hacen. Los hijos enseñan una valiosa lección Sr. Pastor.

Me quedé mudo. Con la conversación Marcela había dejado de alucinar y derramó unas cuantas lágrimas tratando de contener el llanto.

Obviamente el capitán tenía razón pero el único motivo por el cual Abraham se había quedado era para su protección. Muchas de las cosas que me dijo se me quedaron grabadas en la cabeza.

—Piénsenlo mientras duermen lo que queda de la noche. —nos dijo dándonos un saco de dormir que obviamente tendríamos que compartir Marcela y yo.

—De todos modos continuar con el tobillo así será imposible, mañana pediremos ayuda.

El hecho de sentir que teníamos mucho de no ver a Abraham y el dolor de mi tobillo me hicieron que ni mi esposa ni yo pudiéramos dormir bien.

Las palabras tan fuertes que habíamos recibido resonaban dentro de nuestras cabezas haciéndonos recapacitar cada vez más de que había sido un error tener un hijo y dejárselo encargado a alguien más. Cansados, nos quedamos dormidos pronto.

Una voz me despertó. Era el capitán que nos estaba levantando. Con dificultad me puse de pie y me asomé por la puerta. Toda la montaña estaba como si no hubiera sucedido tormenta alguna la noche anterior.

El Capitán llegó conmigo y me llevó hasta los ‘restos’ de nuestra tienda. Si es que a lo que yo veía se le podían llamar restos ya que una vez que llegamos no había absolutamente nada.

La nieve se había tragado la tienda y junto con ella todas nuestras pertenencias y artículos.

—Al menos se tragó también una araña encerrada —comenté en tono burlón.

Al capitán no pareció simpatizarle mi comentario. De alguna manera me estaba haciendo ver que la vida lo que quería era que regresáramos a nuestro pueblo a cuidar de nuestro pequeño Abraham.

Afortunadamente los sherpas no tardaron en llegar con la ayuda médica.

—Ayuden a los Sres. Pastor con sus necesidades mientras regresamos al campamento base —dijo el capitán—. Llegando debe revisarse ese tobillo. Podría darle problemas más adelante.

El tobillo era el menor de mis problemas. Estábamos sin ropa extra y sin dinero, sin documentos ni pasaportes y lo único que realmente me preocupaba era mi hijo y en sí realmente estaba bien ya que la última vez Rosy me había colgado el teléfono.

Llegamos al campamento base una hora antes de lo esperado. La calefacción nos parecía una bendición de Dios. Logré comunicarme con el gobierno de Katmandú, Nepal para reportar que habíamos perdido todas nuestras pertenencias.

—En una hora le confirmaremos cual es su situación Sr. Pastor —me dijo el agente.

Me sentaron en una mesa improvisada. El médico del campamento base observó mi lesión con detenimiento.

—Tiene usted un esguince de segundo grado. La hinchazón bajará siempre y cuando tome este anti-inflamatorio y coloque esta pomada alrededor de la zona afectada. Procure descansar y mantener su pie bien fresco y seco, y una venda no le vendría nada mal. Por el momento no es recomendable que intente subir nuevamente a la montaña.

Dicho esto se salió del cuarto sin que yo pudiera agradecerle antes su consulta.

Cojeando salí del campamento base y admiré la majestuosidad de la montaña frente a mí. Marcela fue a alanzarme hacia donde yo estaba. Me encontraba muy cansado todavía por todas las aventuras de la noche anterior.

—¿Cómo te sientes? —preguntó con dulzura.

Alcé la mirada y la vi parada enfrente de mí y de nuevo pude contemplar toda su hermosura y radiantez. Definitivamente las pequeñas cosas de la vida son las que hacen la diferencia. Se sentó junto a mí y me preguntó si estaba bien.

—Es todo esto Marce, tu aquí sentada junto a mí, estas maravillas que nos rodean. La oportunidad de visitar otras culturas y países, y sin embargo me siento vacío por no tener a nuestro hijo con nosotros. Bastó una noche para que perdiéramos nuestras pertenencias y nos hemos puesto en peligro. ¡Pudimos haber dejado a Abraham huérfano!

Todo esto pasa por algo. Debemos darnos cuenta de que nuestro lugar no está en selvas vírgenes, ni en montañas rocosas y en desiertos arenosos. Nuestro lugar está en Shushupan, junto a nuestro hijo.

Marcela solo recargó su cabeza en mi y dijo: —Yo te sigo a donde tu vayas mi amor.

En ese momento me sentí el hombre más convencido del mundo. ¡Ya no quería ir a las pirámides y descubrir todas esas fortunas y misterios que las rodeaban! Quería regresar con mi hijo a descubrirlo a él como persona y como ser humano, con mi esposa.

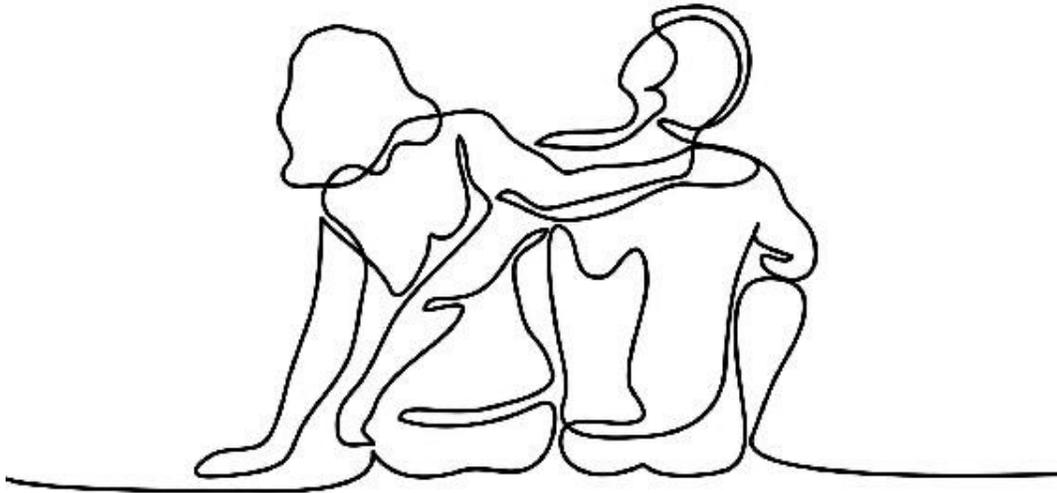
Me incorporé y le dije: —Nos vamos a Shushupan. —Marce me regaló una sonrisa al estar de acuerdo con mi decisión.

Me dirigí directo a las oficinas del campamento base y solicité que hablaran de nuevo a Nepal para que nos llevaran de regreso inmediatamente.

Nuestro breve pero intenso encuentro con la montaña me había enseñado una lección que jamás olvidaría.



CAPÍTULO VIII



El décimo día amaneció y yo no me quería levantar. Hoy le quitarían los puntos a Tino y sería entonces cuando ya no podría seguir fingiendo y nos tendríamos que despedir.

Me puse enfrente del espejo y me convencí de que tenía que volver a ser la mujer fuerte que siempre había sido. Aunque la verdad las lágrimas estaban a punto de brotarme de la nada.

Bajé las escaleras y vi a Tino en la cocina. Haciéndose de desayunar.

—¡Buenos días Rosy! —me saludó como todas las mañanas.

—¡Hoy me quitan los puntos! ¡Estoy ansioso de volver a ser el de antes! —dijo lanzando una carcajada.

Yo no compartía la misma alegría que el, si me entusiasmaba que que hubiera recuperado por completo, pero no quería que las cosas cambiaran.

Había sido muy feliz hasta entonces.

—Corre a prepararte para que ya vayamos al hospital —le dije.

Regresó bastante rápido. Ya le había agarrado el modo a la silla de ruedas después de tanta práctica.

En el hospital nos recibieron diferente. Nos hicieron pasar inmediatamente y el médico no tardó ni cinco minutos en quitarle todos los puntos.

Yo estaba impaciente cuidando al bebé. De repente, la puerta se abrió y Tino salió caminando por el mismo. Me dio tanto gusto que lo abracé sin pensarlo.

Regresamos a la casa caminando tranquilos y haciendo bromas. El se veía bastante bien y ahora yo lo veía con diferentes ojos a comparación de hace algunos días.

Tino llegó y se puso a jugar con Chester, los dos corrían, se abalanzaban uno contra otro y de nuevo me sorprendí al ver que Tino estaba como si nada.

Me senté en la escalera para verlos jugar. Tino quiso descansar un poco y se sentó junto a mí.

—¡Me sorprende tu capacidad de recuperación Tino! ¡Ya hasta puedes correr como antes! —le dije muy feliz.

—Rosy tengo algo que decirte —me dijo en tono coqueto.

La intriga me llenó por momentos y le pregunte calmada qué era lo que tenía que decirme.

—La verdad yo arreglé con el médico el hecho de quedarme contigo en tu casa. Siempre me has parecido una mujer muy hermosa y quería aprovechar mi accidente para estar contigo y tener esos momentos que vivimos juntos para conocernos mejor y creo que funcionaron. Yo nunca tuve impedimento alguno para estar solo. Perdóname, te engañé.

Hice un gesto de enojo pero a la vez no podía ocultar mi alegría. Nos abrazamos mientras Chester comenzó a ladrar. Tino y yo volteamos al ver a los Señores Pastor caminar hacia la casa.

—¿Así cuidas bien a nuestro hijo? —me preguntó el Sr. Pastor con un tono enojado.

Yo me caía de la pena de que mis patrones nos hubieran atrapado en esa escena.

—Discúlpeme Señor Pastor, es una sorpresa tenerlos por aquí.

El señor Pastor se agachó y vió a Abraham jugando en el suelo.

—Ya no cuidarás más del bebé. —me dijo en tono serio.

Yo no levanté la cabeza y estaba dispuesta a escuchar mi bien merecido regaño.

Tino empezó a echarse la culpa y a decir que el me había distraído de mis obligaciones. Los Señores Pastor lo veían muy atentos y hubo un momento donde empezaron a reír sin parar. Tino y yo nos miramos con cara de incógnita mientras ellos seguían carcajeando sin parar.

—Rosy estamos de acuerdo que has hecho un excelente trabajo. Pero hemos regresado para hacer tu trabajo. Queremos encargarnos de nuestro propio hijo. Y también deseamos que continúes con tus estudios y sigas tu camino.

Me dieron un abrazo y me ofrecieron quedarme en la casa como siempre. Tino me veía desde la entrada como si estuviera esperando algo y dije lo primero que se me ocurrió: Es Sábado, odio los sábados.

Y con esa misma determinación me fui con Tino hacia donde la vida nos llevara, los dos estábamos convencidos de que en esta vida debíamos sentirnos libres y así vivimos de aquí en adelante.

ACERCA DEL AUTOR

Nacido en México en 1985, J. A. H. Carrera es médico cirujano especialista que divide su tiempo entre la consulta privada y como editor de publicaciones de investigación médica internacional. Su incursión en los libros de ficción comienza con **TODOS LOS DÍAS ES SÁBADO**.